

Tradicción grecorromana, unida a la tradición migratoria de la cuentística oriental, reelaboración italiana y también española, todo contribuye a que de golpe, como una maravillosa exhibición de fuegos artificiales en una Corte propicia a la fiesta y al espectáculo, los cuentos de hadas estallen en el cielo deslumbrante y barroco de una Corte suntuosa y esplendente.

A todos estos fondos y temas tradicionales, relatados con cierta sencillez por Perrault, suceden inmediatamente los cuentos de Madame d'Aulnoy, con detalles ingeniosos y picantes, volutas decorativas de su imaginación e inventiva desbordada, con esa sutilidad de medios para sorprender y admirar. Madame d'Aulnoy va a ofrecer a sus contemporáneos un bordado fantástico y maravilloso.

Aunque parezca sucesora de Perrault, algún crítico agudo, como Marc Soriano, aventura en sus investigaciones que:

«como los “Cuentos” de mi madre la Oca son la colección más difundida, la más célebre, Perrault se convierte en el “inventor” de un género en el que Madame d'Aulnoy y Mademoiselle L'heritier ya habían practicado antes que él».

Los cuentos que escribe Madame d'Aulnoy se publican con el título de *Les contes des fées et les fées à la mode* («Cuentos de hadas y las hadas a la moda»), y son los siguientes:

Gracieuse et Persinet, La belle aux cheveux d'or, L'oiseau bleu, Le Prince Lutin, La Princesse Printannière, La Princesse Rosette, Le rameau d'or, L'oranger et l'abeille, La bonne petite souris. Todos ellos son independientes. Luego la escritora escribe una novela española titulada *Don Gabriel Ponce de León*, que contiene tres cuentos: *Le mouton, Finette-Cendron* y *Fortuné*, y luego aislado el cuento de *Babiole*. A continuación una segunda novela española: *Don Fernando de Toledo*, en la que se insertan: *Le nain jaune* y *Serpentin verd*. Luego tres cuentos separados: *La Princesse Carpillon, Le grenouille bienfaisante* y *La biche au bois*. En la novela que sigue: *Le gentilhomme Bourgeois*, están incluidos: *La chatte blanche; Belle-Belle, ou le Chevalier fortuné; Le pigeon et la colombe; La Princesse Belle-Etoile et le Prince chéri; Le Prince Marcassin; Le Dauphin*. En total, 24 cuentos y tres novelas. Entre estos cuentos siempre se han seleccionado como los mejores siete: *La belle aux cheveux d'or* («La bella de los cabellos de oro»), *L'oiseau bleu* («El pájaro azul»), *La bonne petite souris* («La ratita bondadosa»), *Le nain jaune* («El enano amarillo»), *Serpentin verd* («El serpentón verde»), *La chatte blanche* («Gatablanca»), *Le Prince Marcassin* («El Príncipe Jabalí»).

Siete cuentos muy bellos y representativos, que alcanzaron gran difusión y dieron fama a la autora. Todavía hoy J. P. Sartre, en su autobiografía de «Les Mots», dice:

«Mis primeras historias sólo fueron la repetición de *El pájaro azul*, *Del gato con botas*, de los cuentos de Maurice Bouchor»,

y se atribuye un papel activo en estos cuentos de hadas y de magia.

Madame d'Aulnoy no actuó sola. Al mismo tiempo que ella escribieron esta clase de cuentos alegóricos o feéricos Madame de La Fayette, Mademoiselle de La Force, Mademoiselle L'heritier, Mademoiselle de Scudery, Madame de Villedieu, de Fontaine, de Murat, d'Aulneuil, toda una constelación de hombres y mujeres que hacían gala de mundanidad, de *bel sprit*, y ellas herederas de las *preciosas*, ostentaban una fantasía exquisita, no exenta de extravagancia decorativa, en que la frivolidad y la seriedad moral formaban una extraña y rara mezcla. Recordemos, una vez más, que los cuentos de Perrault se titulaban *Histoires ou contes du temps passé avec des moralités*.

En la estructura del cuento de hadas de Madame d'Aulnoy entra como *coda* final la moralidad versificada, que es una forma de aviso contra los peligros del mundo o contra los vicios.

Es evidente que todos estos cuentos, que luego han pasado a los niños, fueron escritos para la sociedad de la época, para las damas y caballeros de salón, donde primeramente se leyeron. En seguida se difundieron entre el gran público como lectura recreativa.

Como toda obra de arte, los cuentos de hadas en general, y los de Madame d'Aulnoy en particular, son objeto de diversas interpretaciones. Admiten desde una lectura superficial hasta una lectura profunda. Schiller reconoce que:

«Encontraba un sentido más profundo en los cuentos de hadas que me relataban durante mi infancia que en las verdades que la vida me mostraba.»

El poeta filósofo comprendía el profundo simbolismo que se encierra en estos relatos maravillosos. Estas son las mismas razones que aduce hoy día el psicólogo Bruno Bettelheim en su libro *The uses of enchantement*; cuando defiende los cuentos de hadas porque «enriquecen la vida del niño no sólo divirtiéndole, sino estimulando su imaginación y propiciando sus sentimientos positivos, al enseñarle que hay que luchar contra las adversidades». Y añade:

«Los cuentos de hadas, mientras le divierten, le aclaran su propia personalidad y favorecen el desarrollo de la misma. Hay tantos signifi-

cados a niveles tan diferentes que enriquecen la vida del niño mucho más de lo que pudiera hacerlo cualquier libro, imposible de compararse a los cuentos de hadas.»

En los cuentos de hadas es evidente que no se está a merced de los azares de la vida, y los complicados obstáculos que hay que salvar, y las pruebas a las que hay que someterse, demuestran que el mundo no es fácil. Todo ello, bajo la metáfora de hadas, brujas, espíritus, animales que hablan, naturaleza animada—que puede resumirse en alegoría y metáfora—, produce el encantamiento del lector y la salvación.

¿Qué significación si no tendría entonces el tema frecuentísimo de la metamorfosis, de esa maravillosa metamorfosis, que es una salvación final? El jabalí que se convierte en príncipe, la gata blanca en bella princesa, el serpentón verde en apuesta criatura, la ratita bondadosa en exquisita joven, es el resultado de la lucha que termina en triunfo, unas veces por mor de la bondad, de la paciencia o de la perseverancia, pero siempre por una continuada e incansable actividad en pos del logro. También será así en *La bella y la bestia*, de Madame Le Prince de Beaumont. Y en última instancia, ¿nosotros mismos no estamos a veces metamorfoseados en monstruos que esperan su liberación? ¿No era así el proceso de Segismundo en *La vida es sueño*, cuando pasa de ser una fiera, un bruto, en su oscura caverna, a ser un caballero que renuncia a sus instintos bestiales? Como en un cuento de hadas, Calderón realizó la más maravillosa de las metamorfosis. Así se despojan de sus pieles zoológicas los caballeros y las damas de los cuentos de Madame d'Aulnoy, y renacen ellos y se transforman en seres bellísimos y radiantes en su nueva vida.

Psicológicamente, la metamorfosis es el momento fantástico de la conversión. Es instantáneo. Es prodigioso. Es como un milagro. A veces se debe a un talismán, pero la mayor parte de las veces es la obra del propio carácter o de otro carácter íntimamente ligado al ser objeto de la metamorfosis. Y suele coincidir con el desenlace.

Si consideramos las estructuras de los cuentos desde el punto de vista de la investigación, como han hecho Stith Thomson y Vladimir Propp, al estudiar el cuento en general y los cuentos folklóricos, en los de Madame d'Aulnoy observaremos que se cumplen las reglas rituales de esta clase de narraciones. Al principio, una carencia, y luego una búsqueda, numerosos obstáculos para llegar al final feliz, aunque a veces haya alguna excepción. Hadas buenas y hadas malas, la repetición del número de tres hermanos o de tres hermanas, siendo el pequeño y la pequeña diferentes. Y, sobre todo, la dualidad: princesa bella y princesa fea, y la reiteración, como ya hemos visto, de la metamorfosis.

Esto hace que la lectura discurra conforme a unas reglas preestablecidas y el lector adivine muy pronto lo que va a suceder. Pero no obstante las estructuras más o menos fijas y adivinables, como quien escribe es un poeta, toda esta urdimbre clasificada es esplendorosamente bella y coloreada: el serpentón verde, la gata blanca, el enano amarillo, el pájaro azul... El esteticismo más refinado está en las páginas de los cuentos de Madame d'Aulnoy, no exento de cierta exageración irónica propia de una feminidad consciente de sus desvaríos. Ella adora los trajes de brocado refulgentes de perlas, rubíes y esmeraldas; los terciopelos verdes cubiertos de oro, y las coronas de tiernos jazmines y rosas olorosas. En palacios de cristal y diamante se alojan las féricas protectoras, que cuando emprenden sus viajes van conducidas por corceles etéreos o en carruajes tirados por cisnes. Andersen y Grimm encontraron ya esta materia en los cuentos de hadas de Madame d'Aulnoy, ¿y qué decir de Oscar Wilde; Mauricio Maeterlinck, el de «El pájaro azul», y de Rubén Darío, a finales del siglo XIX? ¿Y de la predilección de Italo Calvino, su editor y comentarista italiano?

En nuestros días, que tanto se han olvidado los cuentos de hadas, en un prosaísmo destructor y seco, únicamente los amantes de la música de Mozart podrán comprender al instante la belleza de este material poético, que vuelve a revalorizarse. «La flauta mágica» es como un cuento de hadas de Madame d'Aulnoy, que, a su vez, parece una pequeña ópera. En «Graciosa y Persinet» se representa una ópera. Y hasta el humor y la gracia de las óperas bufas mozartianas tiene mucho que ver con las ocurrencias divertidas y el espíritu cómico de la escritora. ¡Cómo se divierte Madame d'Aulnoy en la descripción de los vestiditos del príncipe jabalí, que trata de parecer un rorro distinguido! ¡Qué graciosa cuando explica que a la princesa la servían veinte tarros de confitura! Más de una vez nos reímos con la fresca burla y el donaire de la d'Aulnoy. Gracias a esta ironía y a estas ingenuidades, los cuentos adquieren tonos tornasolados. Tanta belleza, tanta fantasía e imaginación, no pudieron impedir que casi al tiempo, en 1699, el abate Villiers elevara su voz contra este desbordamiento de la *féerie* y escribiese su *Entretien sur les contes des fées et sur quelques autres ouvrages du temps pour servir de preservatif contre le mauvais gout*, en el cual critica la fantasía sin reglas y la falta de ingenuidad. La polémica de los cuentos de hadas estaba iniciada y duraría hasta nuestros días. Es la misma polémica que suscitó el teatro español y el conceptismo.

Inútil. Se ha iniciado el retorno a las hadas en el mundo contemporáneo, y hoy volvemos los ojos para contemplar el desfile presuroso de

los espíritus elementales en su cabalgada nocturna entre los bosques, mientras parejas de amantes los persiguen.—*CARMEN BRAVO-VILLASANTE (Arrieta, 14. MADRID-13).*

ENTRELINEAS

KARL KORSCH: *La concepción materialista de la historia y otros ensayos.* Traducción de Juan Luis Vermal, Ariel, Barcelona, 1980, 225 págs.

La miscelánea de Korsch aquí presentada abarca trabajos del septenio 1924-1931, una época crucial en el desarrollo del pensamiento marxista por el desafío que significó para él la consolidación de la revolución soviética a través de la línea Lenin-Stalin y las sucesivas crisis de desgajamiento que ella produjo.

El texto central es una larga crítica de Korsch a Karl Kautsky, ideólogo de la socialdemocracia, al cual enfrenta en dos temas principales: el sustento filosófico de su sistema y la caracterización de su postura.

La embestida contra Kautsky tiene tradición y se proyecta en discusiones de familia dentro del marxismo que llegan hasta nuestros días: se trata de leer a Marx desde Hegel o desde una línea evolucionista que se toca con Spencer y Darwin. El marxismo kautskyano trata de explicar la sociedad por medio de un sistema de leyes de tipo natural, como si fuera la culminación del progreso biológico de la materia. Así, el científico social sólo debería «descubrirlas», pues estarían ya dotadas de ineluctabilidad, como corresponde a toda legislación natural.

En cuanto al sesgo ideológico de Kautsky, Korsch es tajante y lo exilia del marxismo y aun del pensamiento proletario: es una mentalidad burguesa radicalizada, que cree en el progreso del sistema capitalista y en el rol movilizador de la burguesía industrial frente a los otros sectores de la clase dominante.

Otro sector del libro está compuesto por breves artículos y notas bibliográficas del período más claramente leninista de Korsch, quien consideraba a Lenin un revitalizador y un restaurador de la dialéctica marxista, en un panorama de confusión filosófica. Comentando a Lukács o enfrentando a Thalheimer y a Rosa Luxemburgo, Korsch insiste en que la ciencia proletaria marxista no es ni la ciencia teórica del científico